

MEDITACION LIII.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS PREMIOS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

—La grandeza de la gloria declaró Cristo nuestro Señor en el sermón del monte, por los siete premios que prometió á los actos de virtud heroica que llamó bienaventuranzas, de las cuales se trató en la meditacion XI de la parte III: presupuesto lo que allí se dijo, meditarémos estos siete premios como se hallan en la gloria.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el reino de los cielos que Cristo nuestro Señor promete á los pobres de espíritu y á los que sufren persecuciones por la justicia, el cual no es otra cosa que la vista clara de Dios, y la posesion de sus infinitas riquezas (1), con la santidad, justicia, paz y gozo que tienen los santos en el cielo empireo; y cada cosa de estas está allí con grande excelencia, porque la vista es sin mezcla de oscuridades; las riquezas, sin mengua ni pobreza; la santidad, sin género de malicia; la justicia, sin desigualdad ni agravio; la paz, sin cosa que cause discordia; y el gozo, sin rastro de dolor ni de tristeza. Este reino está dentro de cada uno (2), y le posee enteramente, sin dependencia del otro; porque aunque no hubiera mas que un bienaventurado solo, estuviera su reino entero, aunque tambien se le recrece no pequeño gozo de la dulce compañía de los otros bienaventurados. De aquí es, que todos los moradores del cielo reciben este reino por suyo, de tal manera, que son verdaderos reyes, y se gozan grandemente de su dignidad real, y reinan juntamente con el supremo Rey de todos que es Dios; y así la Iglesia triunfante se llama reina, la cual está á la diestra de su esposo Cristo, con vestido de oro, adornada con mucha variedad de dones y virtudes, cual les conviene á esposa de Rey tan soberano (3). ¿Pues qué cosa puede haber mas gloriosa, que poseer tal reino y ser rey en compañía de tan esclarecidos reyes, el menor de los cuales es incomparablemente mayor que todos los reyes de la tierra (4)? Ó Rey de los reyes, Señor de los señores, gracias te doy porque das á tus siervos en galardón de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino. Ó reino infinito y cielo inmenso, estrechado en el corazón del justo, y comparado con las obras de su justicia; si todos los bienes de

(1) Rom. xiv, 17.—(2) Luc. xvii, 21.—(3) Psalm. xlii, 10.—(4) Matth. xi, 11.

esta vida se dan por añadidura (1), al que busca este reino, ¿cuán infinitos serán los bienes que se dan por paga principal al que es digno de alcanzarle? ¡Oh dichosos los que se humillan y empobrecen por su voluntad, ó son humillados y perseguidos por la justicia! pues con tal reino serán premiados. Venga, Señor, á mí tu reino, entre dentro de mí, para que yo entre dentro de él, y goce para siempre de tí. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, se ha de ponderar como la gloria es la dichosa posesion de la tierra que se promete á los mansos, y excede tanto á esta que pisamos, cuando la excede el cielo estrellado en grandeza, hermosura y resplandor; porque esta tierra de acá es tierra de los que han de morir, y sepultura de los que mueren en ella, convirtiéndolos en tierra. Es valle de lágrimas, destierro de nuestra patria y lugar lleno de toda miseria, porque es tierra de maldicion, seca y estéril por la culpa de su primer morador. Pero la tierra que aquí se promete es region de vivos (2), donde ninguno puede morir, y todos truecan la vida terrena en celestial. Es valle de deleites que mana leche y miel de divinas consolaciones, sin suspiros ni lágrimas, ni ocasiones de ellas. Es tierra de bendicion y de regadío, con milagrosa fertilidad, porque como dice san Juan, continuamente se riega con un rio de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios y del Cordero (3), y en su ribera por ambas partes tiene muchedumbre de árboles de vida que llevan doce frutos al año, y sus hojas son salud de todas las gentes. ¡Oh tierra dichosísima, donde perpetuamente mana el agua viva y clara de la vista de la divinidad de Dios y de la humanidad del cordero, Cristo Jesús; cuyos moradores son como árboles de vida, que siempre viven bañados con el agua de este divino rio, en cuya virtud producen innumerables frutos de nuevos gozos y deleites! ¡Oh dichosos árboles, cuyas hojas dan salud á las gentes que vivimos en la tierra, porque con las sentencias que de ellos oimos, y con la proteccion que en ellos tenemos, esperamos vivir con ellos en el cielo! ¡Oh quién me diese la posesion de esta dichosa tierra! Ó alma mia, ama la mansedumbre del cordero Jesús, para que te dé en posesion esta soberana tierra, donde no pueden entrar los cabritos que estarán el día del juicio á su mano izquierda, sino solamente los corderos que han de estar á su mano derecha.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como la gloria es el consuelo que se promete á los que lloran, en el cual se ha de

(1) Matth. vi, 33.—(2) Psalm. cxli, 6.—(3) Apoc. xxii, 1.

ponderar quién es el que consuela, con qué cosas, de qué modo y por cuánto tiempo.—Quién consuela, es el que por excelencia se llama *Paraclitus, Consolador, et Deus totius consolationis, Dios de todo consuelo* (1), y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza.—Consuela la vista clara de Dios y de la humanidad de Cristo, la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los Ángeles, la suave conversación con los coros de los Patriarcas y Profetas, Apóstoles, Mártires y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan á cada uno.—Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado y la paz de la conciencia que sobrepuja á todo sentido.

2. Pero ¿quién dirá el modo de consolar? No consuela Dios allí perdonando culpas y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras, con una perpetua música de alabanza y acción de gracias, y un continuo aleluya que recrea el corazón (2).—Y todo este consuelo será eterno sin interrupción, porque todos están dentro del corazón de su Señor (3), y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado (4). ¡Oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el consolador! ¡Oh dichoso el que llora en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal! Ó Dios de la esperanza, lléname de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar como la gloria es la hartura que se promete á los que tienen hambre y sed de la justicia; la cual hartura es una abundancia de todos los bienes, que los hombres podemos razonablemente desear.—En lo cual se ha de ponderar, que la tierra es lugar de perpetua hambre y sed; porque unos tienen hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos; y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales danse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos; pues por esto dice la divina Sabiduría, *que quien la come, siempre queda con mas hambre* (5).

(1) Joan. xiv, 16; II Cor. I, 3. — (2) Tob. xiii, 22. — (3) Matth. xxv, 21.

(4) Joan. xvi, 22. — (5) Eccli. xxiv, 29.

2. Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida, porque, como dice David, todos quedaremos hartos con la vista sola de Dios (1), la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas en su comparación son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver á Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella también llena el deseo de las virtudes, porque da cumplimiento y última perfección en todas; y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada día se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito, que los escogidos no tendrán hambre ni sed, ni les afligirá el sol ni el estío; porque el Cordero los regirá y los llevará á las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos (2). Ó alma mía, ten hambre y sed de esta gloria; pues esta sola basta para darte cumplida hartura. Ten también hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar su grandeza.

PUNTO QUINTO.—1. Lo quinto, se ha de considerar como la gloria es la plenitud de misericordia que se promete á los misericordiosos, ponderando tres lugares que hay para diversas suertes de hombres; conviene á saber, infierno, cielo, y tierra en medio de ellos, la cual, como dice san Pablo, es como una grande casa, en que hay vasos de oro y plata, y también de madera y barro; unos para servir en cosas de honra, y otros en cosas de menosprecio (3). Unos son vasos de ira, diputados para la muerte en pena de sus pecados; y otros son vasos de misericordia, diputados para la vida (4), en premio de sus buenas obras, fundadas en la divina gracia. De este lugar medio se proveen moradores para los otros dos extremos.—El infierno es lugar diputado para los vasos de desprecio y de ira, en los cuales muestra Dios la suprema ira y venganza de sus enemigos, castigándoles con el supremo castigo que su rigurosa justicia señaló contra ellos.—Pero el cielo es diputado para los vasos de honra y de misericordia, en los cuales muestra Dios la suprema misericordia que desea hacer con los justos por su infinita bondad y caridad, premiando en ellos las obras de su gracia con el soberano premio de la gloria.

2. De suerte, que el cielo es como una casa ó aparador lleno de hermosísimos vasos, todos de oro y plata, sin que entre ellos haya vaso de madera ó barro que pueda quebrarse con golpe, ó corromperse con carcoma, ó abrasarse con fuego. Todos son vasos de hon-

(1) Psalm. cxvi, 15.—(2) Apoc. vii, 16.—(3) II Tim. ii, 20.—(4) Rom. ix, 22.

ra y gloria, y ninguno hay de desprecio ó infamia. Todos son vasos de misericordia, porque desde la eternidad los escogió Dios por su misericordia, y los coronará con infinitas misericordias, como dice David, llenando de bienes su deseo, y renovando como águilas su juventud (1), sin temor de volverse á envejecer. De donde inferiré, que la gloria, aunque es corona de justicia (2), pero como ésta se funda en gracia, mucho mas es corona de misericordia infinita, la cual alcanzarán los vasos de misericordia, por haber sido misericordiosos. Por tanto, alma mia, pues vives entre cielo é infierno, procura ser vaso de oro por la caridad, y de plata por la pureza (3); purificate de las culpas y pasiones, y serás vaso de santificación, en quien deposite Dios los tesoros de su gracia, y despues los de su gloria. Amen.

—Cerca de este punto se puede ver lo que se dijo en las meditaciones de la caridad y misericordia de Dios.—

PUNTO SEXTO.—1. Lo sexto, se ha de considerar como la gloria es la vista clara de Dios, que se promete á los limpios de corazón, y en ella consiste nuestra bienaventuranza esencial (4), en lo cual se ha de ponderar, que así como en la tierra los padres dotan á sus hijas cuando las casan, y las dan ricos dones con que se adornan, y el mismo esposo, el día que lleva su esposa á la casa, la da ricás joyas; así tambien el Padre eterno á cada una de las almas que es esposa de su Hijo, en el día que entra en la casa del cielo, donde se perfecciona este matrimonio espiritual, da tres riquísimas dotes de gloria que responden á las virtudes teologales que tuvo en esta vida, con las cuales se adorna y hermosea, y queda cumplida su bienaventuranza. En premio de la fe, le da una lumbré de gloria excelentísima con la cual ve claramente á Dios y todos los misterios que en esta vida creyó, sin que se le encubra ninguno, cumpliéndose lo que dice David: *Con tu lumbré veremos la lumbré* (5); y *con la lumbré de tu rostro andarán, y en tu nombre se alegrarán, porque tú eres la gloria de su virtud* (6). ¡Oh cuán dulce es esta lumbré, y cuán deleitable á los ojos ver el sol (7)! Ó Sol de justicia, lléname de esta divina lumbré, para que te vea en tu gloria y resplandor.

2. En premio de la esperanza, le da otra segunda dote, que llaman comprensión, que es tener presente siempre y como en propiedad y posesion todo lo que en esta vida esperaba y deseaba; allí tiene presentísimo á su Dios, á su padre y esposo, á su último fin y

(1) Psalm. cii, 4.—(2) II Tim. iv, 8.—(3) I Tim. ii, 8.—(4) D. Thom. in addit. q. 93, art. 1 et 5.—(5) Psalm. xxxv, 10.—(6) Psalm. lxxxviii, 16.—(7) Eccles. xi, 7.

todo su bien, y goza de él como de cosa que tiene en su poder, y con quien está abrazada con seguridad de nunca perderle, ni aumentarse de él, porqué ya corrió de modo que comprendiese. Y en aquella primera entrada del cielo, dijo: *He hallado al que buscaba mi alma, tenerle he y no le soltaré* (1).

3. En premio de la caridad, se le da la otra tercera dote de gloria, que llaman fruicion ó amor, que es amar sumamente el bien que está viendo, y gozarse de la conveniencia y bondad que tiene, con un gozo y deleite inefable, que nace de verse unida con quien tanto ama, amando como es amada, y gozándose de este mútuo amor; y así dice: *Mi Amado todo para mí, y yo todo para él* (2). Ó alma mia, ama la limpieza de corazón, avivando estas tres virtudes, para que Dios te dé sus tres gloriosos dotes. Ó Padre de las lumbres, dame la lumbré de tu gloria, para que vea lo que creo con la lumbré de la fe. Ó Verbo divino, esposo de las almas, dátame á tí mismo, para que posea con seguridad lo que deseo con la esperanza. Ó Espíritu santísimo, muéstrame tu bondad, para que gocé con hartura lo que amo con caridad.

PUNTO SÉPTIMO.—1. Lo último, se ha de considerar como la gloria es la perfecta adopcion de hijos de Dios, que se promete á los pacíficos, ponderando que así como Cristo nuestro Señor fué declarado por Hijo de Dios dos veces, una en el Bautismo, y otra en la transfiguracion, viniendo sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma ó de nube, y sonando la voz del Padre, que decia: *Este es mi Hijo muy amado*; así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras dos veces.—La primera, es en esta vida mortal, cuando le llama y justifica por los Sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de hijo de Dios, como se declaró en la meditacion del Bautismo (*Parte III, med. III*).

2. Pero esta adopcion de hijos es imperfecta, por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa; y así aun los muy santos, como los Apóstoles, que recibieron las primicias del espíritu, gimen dentro de sí, *adoptionem filiorum Dei expectantes, esperando la adopcion de hijos de Dios*; esto es, el cumplimiento y perfeccion de la primera adopcion con otra mas perfecta, figurada por la transfiguracion de Cristo; la cual se comunica al alma el día que entra en la gloria, y toma posesion de la herencia debida á los hijos con derecho, para recibir á la fin del mundo un cuerpo glorificado con las

(1) Cant. iii, 4.—(2) Cant. ii, 16.

cuatro dotes de gloria que arriba se dijeron (*parte III, med. XXI y XXII*), y entonces descubre Dios la dignidad de los que son sus hijos, porque, como dice san Juan, *ahora somos hijos de Dios; pero no se ha descubierto lo que seremos; cuando se descubriere, seremos semejantes á él, porque le veremos como es* (1). Ó Padre amantísimo, gracias te doy por la herencia soberana que das á tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados, porque *castigas al que recibes por hijo* (2), para honrarle y ensalzarle, haciéndole tu heredero. ¡Oh si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiacion, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra, para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! Amen.

MEDITACION LIV.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS SIETE PREMIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PROMETE EN EL APOCALIPSIS Á LOS QUE VENCEN.

—La grandeza de la gloria declaró tambien Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis, por otros siete géneros de premios que promete á los que vencen (3); esto es, á los que vencen al demonio y sus tentaciones; á la carne y sus pasiones; al mundo y á sus honras vanas; á los tiranos y á sus persecuciones; y á los que se vencen á sí mismos y á su propia voluntad con todos sus quereres, mortificándose con perseverancia hasta la muerte. Y en la promesa siempre se va proporcionando el premio y corona, con el modo de la batalla en que se ganó la victoria, como se verá por los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en el primer fervor, ó con la penitencia se reducen á él, diciéndoles: *Al que venciere daré á comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios* (4). En las cuales palabras se ha de ponderar, qué árbol de vida sea este, en qué paraíso está, qué es comerle, y á quién se da por comida.—Lo primero, este árbol de vida es el mismo Dios, con todas las grandezas y perfecciones que tiene. Los frutos son las obras que de él proceden, ó dentro de sí mismo, como es la generacion del Verbo eterno por el conocimiento, y la produccion del Espíritu Santo por el amor; ó fuera de sí, como es la creacion y gobierno del mundo, la santificacion y glorificacion de los esco-

(1) I Joan. iii, 2. — (2) Prov. iii, 13; Hebr. xii, 6.

(3) Apoc. ii, 3. — (4) Apoc. ii, 7.

gidos; y llámase árbol de vida porque siempre vive (1) en sí mismo, y es la misma vida infinita, y es fuente de la vida (2), así de la vida de naturaleza y gracia, como de la gloria y vida eterna. Ó Trinidad beatísima, gózome de que seas árbol de la vida, de quien proceden vidas tan preciosas. Consérvame, si conviene, la vida natural, aumenta en mí la vida de la gracia, y dame despues la vida de la gloria. Amen.

2. El paraíso donde está este árbol, es el cielo empíreo en donde brota con grandísima abundancia los deleites que son propios de Dios, de los cuales goza quien come de él, y la comida es mediante la vista clara de la divinidad, y tambien de la humanidad de Cristo nuestro Señor, en cuyo conocimiento está la vida eterna, y es tanto la eficacia de esta comida que convierte en árboles de vida á los que la comen, por la semejanza grande que tienen con su Dios; y así el mismo san Juan, al fin del Apocalipsis llama á los bienaventurados árboles de vida, que están á las riberas del rio que riega la ciudad de Dios (3), y llevan cada uno doce frutos, porque perpetuamente viven y brotan nuevos y muy sabrosos afectos y gustos, con que conservan y van continuando sin fastidio su dichosa vida. Esta es la gloria disfrazada por nombre de comida tan gloriosa, que Cristo nuestro Señor promete á los que vencen; y si no venzo no podré recibirla. Por tanto, toma el consejo de tu Redentor; y si has perdido la primera caridad procura recobrarla y vencer la tibieza; vive como árbol plantado á las corrientes de las aguas de la gracia, para que comas los frutos de este árbol de vida, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como la gloria es el segundo premio que promete Cristo nuestro Señor á los que son fieles en todas las tentaciones y persecuciones hasta la muerte, diciendo: *Que les dará la corona de vida, y el que venciere no recibirá daño de la muerte segunda* (4). En lo cual se ha de ponderar lo primero, que los que en esta vida son vencidos del demonio y de sus ministros, y por temor ó flojedad se rinden al pecado, aunque se escapen por un poco de tiempo de la muerte primera, que es la muerte natural; pero caen en la muerte segunda del pecado, y despues en la muerte eterna del infierno. De suerte, que no solamente no gustarán del árbol de la vida que está en el paraíso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán á comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos

(1) Joan. i, 4.—(2) Psalm. xxxv, 10.—(3) Apoc. xxii, 2.—(4) Apoc. xx, 10.